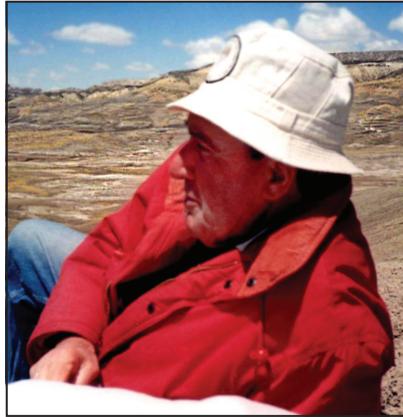


Rosendo Pascual nació en Godoy Cruz, provincia de Mendoza el 10 de julio de 1925. Se graduó como Geólogo y Doctor en Ciencias Naturales en la Universidad Nacional de La Plata donde llevó a cabo toda su actividad académica y científica. En 1957 es nombrado Profesor de Paleontología de Vertebrados de la Facultad de Ciencias Naturales (UNLP) y Jefe de la División Paleontología Vertebrados del Museo de La Plata, cargos que ocupó hasta 2005. El Dr. Pascual participó del directorio del CONICET bajo la presidencia del Dr. Bernardo Houssay, y durante décadas en distintos estamentos de evaluación de esa institución. En 1975 ingresó a la Carrera del Investigador Científico del CONICET como Investigador Superior y en 1990 la Universidad Nacional de La Plata lo nombró Profesor Emérito reconociendo su excepcional trayectoria como académico y científico. Fue vicedecano de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (1961-1964) y miembro de la Junta de Calificaciones de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (1983-1987).

Fue presidente y miembro fundador de la Asociación Paleontológica Argentina, miembro fundador de la revista *Ameghiniana*, miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Premio Konex 1983, Premios al Mérito Paleontológico y Geológico de la Asociación Paleontológica Argentina y Asociación Geológica Argentina, respectivamente, Guggenheim Fellowship en la Harvard University, además de otras importantes distinciones en el país y el exterior, las cuales dan testimonio del valor de sus aportes científicos. Durante el año que permaneció en los Estados Unidos como becario Guggenheim, tuvo oportunidad de trabar una fuerte amistad con colegas de la talla de Bryan Patterson, Alfred Sherwood Romer y George Gaylord Simpson.

Rosendo dedicó su vida profesional al estudio de los vertebrados, principalmente mamíferos, del Cretácico y Cenozoico de América del Sur. Desde sus primeros tra-



PROF. EMÉRITO  
DR. ROSENDO PASCUAL  
(1925 - 2012)

bajos demostró una fina comprensión de la diversidad morfológica y del significado que ésta tenía en aspectos ontogenéticos, taxonómicos y evolutivos. Fue un incansable explorador de la Patagonia. “Quien come calafate regresa siempre a la Patagonia”, frase repetida por los pobladores de la región, fue asumida teórica y prácticamente por Rosendo y siempre estaba en su boca cuando las duras condiciones de campaña, en ocasiones de alrededor de dos meses, nos hacían pensar seriamente en no repetir la experiencia. Él siempre estaba dispuesto a regresar, pues no sólo lo atraían los extraordinarios yacimientos de mamíferos fósiles y las características inhóspitas de la región, sino también su gente, a quienes llegaba con natural cordialidad. A veces, al final del día de trabajo se sentaba en el borde de un risco y contemplaba largamente el paisaje lejano. ¡Y cómo se fastidiaba si lo interrumpíamos con una broma! Compartiría con su amigo Simpson esta atracción por la Patagonia y una de las aspiraciones que tenían en común era repetir un viaje a la región, aun cuando conocía que sus fuerzas ya no eran las mismas. Fuerzas que sufrieron fuerte deterioro debido al grave accidente que protagonizó a comienzos de la década de 1970, justamente cuando se dirigía a un nuevo viaje de exploración a su añorada Patagonia.

La conjunción de una inteligencia privilegiada, una sólida formación geológica y

biológica, y una extraordinaria experiencia en las actividades de campo, hicieron que Pascual lograra sintetizar en sus trabajos y conferencias esa visión integradora de los procesos evolutivos que llevaron a la estructuración de las sucesivas faunas mamalianas a lo largo de los últimos 100 millones de años. Ciertamente, su comprensión de los procesos geológicos y la interpretación de las observaciones de campo tenían un sólido fundamento, pues había recibido las enseñanzas de maestros excepcionales. Tal es el caso de Enrique Fossa Mancini y Pablo Groeber, quienes dirigieron su trabajo de tesis doctoral sobre la geología de la alta cordillera de Mendoza, en el departamento Tunuyán. Sobre Groeber, quien poseía una sólida formación paleontológica, manifestaba una especial simpatía que iba más allá de las enseñanzas recibidas, adentrándose en vivencias personales que por supuesto incluían las circunstancias graciosas generadas por las dificultades idiomáticas del alemán.

Sus investigaciones se plasmaron en más de 170 trabajos científicos, en una activa participación en congresos nacionales e internacionales y en la colaboración con colegas de prestigiosas instituciones académicas de todo el mundo.

A sus importantes aportes originales debe sumarse su labor como maestro. Incentivó tanto a geólogos como a biólogos en el estudio de la paleontología de vertebrados en marcos dinámicos e interdisciplinarios. Motorizó la creación de la primera carrera de Paleontología en América Latina (Universidad Nacional de La Plata, 1959); esta labor pionera, así como su continuidad al frente de la División Paleontología Vertebrados del Museo de La Plata, fueron los pilares en la fundación de una Escuela de Paleontología de Vertebrados, que hoy incluye a discípulos de tercera generación. Téngase en cuenta que su labor pionera se desarrolló casi en soledad, pues en esos primeros años sólo contaba en el ámbito del Museo de La Plata, con don Lorenzo Julio Parodi, un autodidacta de excepcio-

nales conocimientos prácticos, quien había sido colaborador de Carlos Ameghino en el Museo Nacional de Buenos Aires. Su influencia en la formación directa o indirecta de paleontólogos que actualmente trabajan no sólo en la universidad platense sino en otras instituciones del país y el exterior, en su mayoría miembros de CONICET, confirma su excepcional capacidad como formador de científicos.

Una de sus obsesiones, y también fuente de placer, fue la de transferir de manera accesible complejos conocimientos científicos logrados en nuestro país, y por décadas lo hizo a través de notas y reportajes en diarios, radio y televisión. Por cierto que estas notas y reportajes le generaban también no pocos enojos, cuando verificaba que sus comentarios eran tergiversados por el periodista de turno y los términos técnicos se transformaban en vocablos ininteligibles. Cuando se trataba de notas escritas, siempre espetaba al interlocutor de turno: “quiero leer lo que escribió antes de publicarlo”; claro está que este requerimiento muy pocas veces era tenido en cuenta.

Sus múltiples actividades como investigador, docente y divulgador hicieron de Rosendo un referente legítimo de la Paleontología de Vertebrados Cenozoicos de América del Sur.

Pero además, Rosendo Pascual fue una persona muy querida y reconocida dentro y fuera del ámbito científico. Quienes fuimos sus discípulos directos no podemos olvidar su generosidad intelectual, cuando nos brindaba datos e ideas científicas propias, a menudo inéditas, para enriquecer nuestros trabajos; y, en esos casos, casi siempre rechazaba la participación como coautor, que nosotros, agradecidos, le ofrecíamos.

Rosendo fue un seguidor de la tradición ameghiniana, en el sentido de cultivar casi con exclusividad el estudio de los mamíferos fósiles. Sin embargo, esto no resultó un impedimento para que él mismo generara nuevas líneas de investigación o per-

mitiera que otros abrieran nuevos caminos en la División Paleontología Vertebrados. Como discípulos de Rosendo, aquellos que pretendíamos iniciarnos en el estudio de los vertebrados no mamíferos recibíamos inexorablemente la misma sentencia “Usted dedíquese a ese tema, pero tenga en cuenta que sólo podré guiarlo de manera muy general, pues no es mi especialidad”. Ese “solo” al poco tiempo se transformaba en un seguimiento cercano, que incluía, además de las enseñanzas vinculadas al marco teórico, la corrección sintáctica de los informes de becas o esbozos de tesis, correcciones que generaban no pocos enojos, ya que veíamos como lo que considerábamos un manuscrito casi impecable devenía en un boceto poco menos que impresentable. A todos y de igual manera, nos enseñó con su ejemplo, pues Rosendo fue un apasionado del estudio de la evolución orgánica y de la distribución de los organismos en el tiempo y en el espacio. Luego del accidente su vida estuvo signada por dolores e incomodidades hasta su muerte, lo cual determinó sus escasas salidas al campo pero a la vez significó una contracción mayor a las tareas de investigación en el laboratorio, contracción también determinada por la madurez y acumulación meditativa de sus conocimientos. Se encerraba en su laboratorio rodeado por gran número de publicaciones; en esa etapa, cuando golpeábamos su puerta recibíamos muy frecuentemente la admonición “¡no me molesten, estoy trabajando!”. Cuando a pesar de ello entrábamos –pues de tanto repetir la frase no intimidaba–, la situación se transformaba: comenzaba a relatarnos lo que estaba leyendo y cómo encajaba en sus ideas respecto de algún tema. Lo que había comenzado de manera intimidante trocaba en una larga conversación –en ocasiones de horas–, donde con entusiasmo juvenil buscaba compartir, con un sentimiento casi cómplice, aquello que había estado leyendo y meditando en soledad. Y así lo encontraba

la noche, ya que era uno de los últimos en irse de “su” Museo. A veces estas charlas se transformaban en ásperas discusiones, que llevaban a días de enojo, lo que se solucionaba con el tiempo.

Rosendo tenía muchas facetas. Tenía un sentido del humor alegre y simple, que derivaba en chistes ingenuos, “los chistes de papá”, como decían sus hijos. Le encantaba la música y era un tipo sociable que disfrutaba de sus amigos en todos los ámbitos, siempre que lo dejaran volver a su trabajo. A veces se tornaba irascible, pero siempre fue generoso.

Hay científicos que canalizan sus energías principalmente en el gabinete; sus resultados son trabajos de investigación publicados en revistas y libros especializados y presentados en congresos. Y hay otros que canalizan sus energías principalmente en relaciones sociales; sus resultados son discípulos, tesis de doctorado, dirección de sociedades e instituciones científicas, docencia, etc. Sin lugar a dudas, podemos afirmar que Rosendo fue una síntesis de ambas cosas. Sus investigaciones aportaron rutilantes novedades y reinterpretaciones de ideas previas. Pero también desarrolló el más importante núcleo de paleontólogos de vertebrados de América del Sur, fue mentor de la primera carrera de paleontología del continente y de la Asociación que nos nuclea y de la revista que nos representa.

Rosendo Pascual estuvo casado con Nelly Martella, exquisita compañera de su vida familiar y su carrera profesional. En los últimos años contó con el apoyo, el afecto y la compañía de la arqueóloga y antropóloga Rita Ceballos. Lo sobreviven sus hijos Marcela, Patricia y Miguel, cinco nietos y dos bisnietos.

*Eduardo Pedro Tonni  
Zulma N. Brandoni de Gasparini  
M. Guiomar Vucetich  
Alberto L. Cione  
Gustavo J. Scillato Yané*